



Braulio Arenas:

LAS VENTANAS DEL LABERINTO

Por Alfonso Calderón.

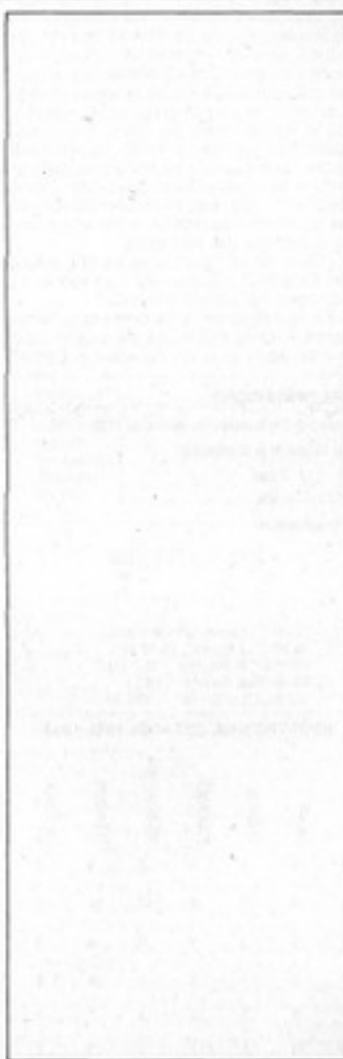
Quizás si Braulio Arenas siga habitando en el interior de un cuadro de Rubens —como alguna vez quiso—, pero no rechazaría perderse en un interior de alguno de Giorgio de Chirico, o en la calle sórdida convertida en región paradisíaca, con ángeles neorrealistas, dentro de un film de Chaplin; o a lo mejor le gustaría recaer en el viejo éxodo infantil de demorarse largamente examinando las fugaces siluetas "de unas mujeres de fuego, mujeres de tez muy blanca y de profundas ojeras", capaces de desafiar los riesgos, como Perla White; y de languidecer entre voluptuosas que se perdían en los brazos de los amantes, como Theda Bara, o mirar "huérfanos azotados por el viento de la tempestad", al modo de Lillian Gish. Así era parte de la vida en La Serena, en 1927, y él tenía 14 años. Mataban a Sacco y Vanzetti, por anarquistas, en Estados Unidos; y Lindbergh, en "El Espíritu de San Luis", cruzaba el océano.

¿Qué de cosas ha contado! Por cierto, le gustaría haber vivido en los días de la crucifixión de Jesús, para asistir a ella, perdido entre el público. Admirar, una vez más, las hazañas de Amadís de Gaula y de Rolando; amar a Genoveva de Brabante, o quizás a Mariana Alcoronado, la monja portuguesa; ver correr la sangre de los protagonistas de una tragedia isabelina; quedarse aterrado en una habitación de alguna novela del marqués de Sade, como testigo del sufrimiento de Julieta y de su virtud.

PETORCA Y EL SURREALISMO

Le atraerón los lugares míticos y los que no lo son, pero podrían llegar a serlo: Petorca, el lago Budi, el castillo de Kafka o el de Otranto, y las mismísimas moradas interiores de Santa Teresa; tal vez las piezas casi movilizadas de las casas mentales propuestas por el cine expresionista alemán. Acerca del traslado, no tiene problemas, porque le dijo una vez a Jorge Teillier que "su medio favorito de viaje era la cama".

Testigo de lo moderno, no teme embarcarse hacia la Edad Media, y podrá permitir la coexistencia pacífica entre Josephine Baker, con su cinturón de plátanos, y las heroínas de los poemas medievales, en medio de fillos de amor o pócimas peligrosísimas y entrañas, entre Jack Drempley y los juglares españoles. En el campo magnético de la memoria, la sonrisa merodea en torno de personajes y sucesos. Piensa sinamente cosas tan notables como éstas: "Aunque no ha quedado ningún retrato de él, supone-



Último bastión del surrealismo (¿será verdad después de todo lo que pasa?). Braulio Arenas pasea por una plaza. Imagineselo.

Con traje oscuro y una flor arrancada de los patibulos, Braulio Arenas querrá unir el Canal de Chacao con la Ciudad de los Césares, y París con Utopía, mientras toma las piezas del ajedrez y propone tablas a la Muerte.

mos que Matusalén debería tener un aspecto extraordinariamente juvenil, pues cuando había cumplido 578 años, nadie le echaba más de 342".

¿Qué exaltación crítica ante las glorias de "lo moderno", que siempre está dejando de serlo! La minuciosidad del pasado: "el traje corto de las mujeres, la melena a lo garzón, los cigarrillos turcos, las boquillas de treinta centímetros, la práctica de los deportes, las quirománticas, el cemento, el salto alto, los empresarios, los ejecutivos, la teoría de la relatividad, los cow-boys, los rascacielos, el psicoanálisis, la montaña mágica, las reinas norteamericanas de las salchichas, los príncipes amuinados, los grandes ventanales a lo Mondrian, los feliches africanos, los rayos X, el ballet ruso, los gangsters de Chicago, los automóviles de carrera, los trusts, los divorcios, el urbanismo de Le Corbusier, el charleston, el tiempo perdido de Proust, el gramófono, la radio, Rodolfo Valentino, el teléfono, el tango, el Ulises de Joyce, las actrices de cine, las quebras de los banqueros".

El hechizo del surrealismo, la aventura de la mente, la escritura automática, los sueños y delirios, la magia, el azar, los actos alternativos lo llevaron a cambiar los colores del cristal con que se mira. Así surgió en Chile la Mandrágora, uniéndose a Enrique Gómez Correa, Jorge Cáceres, Tedfio Cid. Y la exposición de 1941, en la Biblioteca Nacional del director, Gabriel Amunátegui —cuenta la leyenda—, les pidió que no llevaran jirafas o elefantes para evitar disturbios), introdujo el arte del collage que abrió las zonas de la imaginación a los espectadores.

LAS MASCARAS

Arenas aseguró —en un artículo publicado en la revista *Leit Motiv*— que, en 1938, había comunicado a Gómez Correa, a Cid y a Cáceres las razones esenciales de la búsqueda de la Mandrágora, entre las cuales figuraban "la intransigencia frente al medio; la búsqueda experimental de la poesía, la resolución dialéctica de los opuestos de bien y mal", entre otras. No era fácil mantener los principios. "Se nos ha tratado de silenciar por el terror y por el hambre —dice—, se nos han cerrado los periódicos, las revistas y las editoriales. Nuestras conferencias terminaban a bofetadas. Se nos denunciaba a la policía". Sin embargo, convenía en no desanimarse, pues no era lícito postergar "la investigación de la parte tenebrosa; de la parte insólita; de la parte gratuita.

Las ventanas del laberinto [artículo] Alfonso Calderón.

Libros y documentos

AUTORÍA

Calderón, Alfonso, 1930-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las ventanas del laberinto [artículo] Alfonso Calderón.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile